



# Nuestro complejo orden cultural

*Llamil Mena Brito*

EN MEDIO DE LA TORMENTA de un país convulso, ante las ruinas de un gobierno colapsado y una sociedad que busca asilo frente al desconcierto, un aparato elemental del orden social no se detiene, sino que trabaja a marchas forzadas para comprender e interpretar la realidad que a algunos excita y a otros agobia. Su nombre es incierto y muchas veces maleable, pero su actividad es innegable: pensar en la crisis, crear en el caos.

Sea ésta la idea que impulsa a una cierta élite de la sociedad y que históricamente hace notar su presencia como elemento, igualmente en disputa, pero inquebrantable en su labor creativa dentro de todo el complejo de una revolución armada.

Colateralmente a los simbólicos festejos del centenario de la Revolución Mexicana, notables esfuerzos críticos se realizaron para dar sentido al transcurrir histórico de la primera revolución del siglo xx. Uno de ellos nos ocupa aquí, el que Leonardo Martínez Carrizales, doctor en letras y profesor-investigador adscrito al Departamento de Humanidades de la UAM-Azcapotzalco, se encargó de coordinar para la realización de un libro que reúne siete artículos que problematizan el ya problemático concepto del orden cultural de la Revolución Mexicana. El título es por demás sugerente, pues propone una sucesión, o al menos una coherencia, para lo acontecido desde 1906 hasta aproximadamente 1920, corte temporal que explica el influjo más sustancioso de la actividad cultural de nuestro país a la par del evento bélico que onrdamente celebramos bajo el paradigmático 20 de noviembre de 1910.

Caracterización de lugares interminablemente estudiados, fuentes inagotables de investigación y legitimación que hoy, a cien años de nuestra



Revolución, son retomados más allá de los vistosos festejos como un punto de inflexión donde se explica la continuidad de los proyectos culturales soñados, el éxito de las manifestaciones surgidas a la par del movimiento armado y los fracasos que humillantemente exhiben a la sociedad mexicana contemporánea, que ya después de tanta sangre derramada y planes establecidos, se esperaba al menos educada.

Porque es innegable que la anhelada justicia social y la lucha democrática bajo la que muchas vidas se perdieron, y muchos héroes se erigieron, han acaparado el interés académico bajo una premisa muy lógica y por demás histórica: hablamos de una revolución. Martínez Carrizales es oportuno al abrir su prólogo hablando del “corte entre Porfiriato y Revolución que suele practicarse en el discurso historiográfico”, mismo en el que se han depositado el grueso de los estudios, y no sin razón, cuando por mucho tiempo se buscó en estos puntos antagónicos el origen, el fondo y la forma en que por causa y efecto se explicara la erupción revolucionaria. Sin embargo, no mucho después de expuestas las condiciones sociopolíticas hubo que reparar en las formas culturales que de igual forma contextualizaran las necesidades apremiantes, los sesgos naturales y las posibilidades a futuro de un país en ebullición.

Y los temas se disparan con una sutileza que la enorme carga de los estudios sobre los caudillos culturales y la sociedad rural han logrado eclipsar. En el caso de este libro, los matices van desde hablar de los que se fueron, exiliados, hombres que no encontraron espacios —ni eran deseados— por un nuevo orden que por naturaleza excluía toda reminiscencia del positivismo porfirista, hasta los nuevos espacios abiertos una vez consolidado el constitucionalismo, espacios discursivos como la novela a entregas en flamantes nuevos diarios. Y en medio, todo el programa de construcción simbólica de una nación que se antojaba distinta y moderna, dispuesta a mostrarse al mundo como única por folklórica, pero también por cosmopolita. Es éste un orden cultural distinto, temáticamente hablando, al caudal de estudios culturales y estéticos que centran al muralismo y al Ateneo de la Juventud como manifestaciones torales de la representatividad cultural

de la Revolución Mexicana. Y es distinto por convicción y necesidad; muy cierto es que esta reducción ejemplifica los intereses estéticos e intelectuales que participaron de la mano del aparato político; pero a cien años es imposible no tomar en cuenta la multiplicidad de otras manifestaciones discursivas que terminaron por construir el mundo cultural allende la victoria del constitucionalismo y el establecimiento de la revolución institucional.

Paradójicamente, se puede contextualizar la Revolución desde un festejo centenario similar al nuestro, en el que el Porfiriato soñó demostrar a un México moderno y plenamente consciente de su historia independiente. Ahí, en medio de los proyectos de fiestas y planes a futuro, donde se sembró el germen de la más brillante idea del siglo pasado —la Universidad Nacional Autónoma—, ahí mismo miembros de la vieja guardia, entusiastas jóvenes y hasta extranjeros comenzaron a detectar las carencias más apremiantes de la cultura de este país: el lacerante analfabetismo y el agrio academicismo, lastres que impedían a México, al menos a su idea, ingresar a la modernidad. La identificación de estas carencias catalizaría un nuevo orden cultural.

Pienso que lo que una compilación como ésta es justo una celebración a contrapelo de la fastuosidad oficial que enarbola a los héroes, caudillos y la Constitución que legitima el aparato político-social que hoy llamamos país. Un libro, a comparación de un desfile, es el permanente reducto de la resistencia cultural; en un guiño casi paradójico, nos regresa a aquellos años en los que, a la par del estruendo de las balas y las peroratas nacionalistas —pues es un ruido producido por el arte, la academia y la cultura—, se exige construir un espacio crítico, distinto del campo de batalla.

Pensar en las jóvenes mentes que invirtieron su obra en utopías; en los viejos que perdieron sus puestos hegemónicos como creadores de un país soñadamente moderno y progresista y que en el exilio vieron, tal vez



no aterrorizados pero sí agobiados, cómo la modernidad se manifestaba en otra escala; en aquellos que celebraron la Historia con fiestas que representarían bajo una nueva idea un nuevo país; en quienes abrieron espacio a los nuevos escritores, fueran buenos o francamente malos; en todos estos sujetos y discursos, y hacerlo a la distancia y bajo una nueva crítica, enriquece la perspectiva de lo heredado después del conflicto armado y ya condensado a lo largo del siglo xx.

Hoy, a cien años del inicio de nuestra Revolución, las similitudes entre aquellos años aciagos de lucha y caos parecen recordarnos lo mucho que no logramos cumplir de lo que muchos vivieron y murieron para construir. Pero justo en esta capacidad

de referirnos críticamente a la historia y al presente, se encuentra el mayor tesoro heredado por la Revolución: el aparato cultural que se niega a morir y soñar con un México distinto. La utopía sigue anclada: leer, estudiar, pensar y crear un mejor país. Y es que más allá de las balas y los héroes sigue corriendo en paralelo la conciencia de que la tormenta pasa y el pensamiento invariablemente permanece, ya sea de quien contempla lo perdido o de quien ve la posibilidad de seguir creando. No importa el cauce de la reflexión, la reflexión en sí misma es lo que sigue hablando de nosotros como civilización. ■■■

Leonardo Martínez Carrizales (coord.)  
*El orden cultural de la Revolución Mexicana.*  
*Sujetos, representaciones, discursos y universos*  
*conceptuales*  
 México, UAM / 2010, 272 pp.

